

CONTRIBUCION AL ESTUDIO
DE LA
LITERATURA POPULAR DE CHILOÉ
POR
LINA VARGAS ANDRADE



BIBLIOGRAFIA

CARNOY.—*Littérature orale de la Picardie*. París, Maisonneuve 1883.

CAVADA, FRANCISCO J.—*Chiloé i los chilotos*. Santiago, Imp. Universitaria, 1914.

COSQUIN.—*Contes populaires de Lorraine*, París, F. Wieweg.

DURÁN, AGUSTÍN.—*Romancero General o Colección de Romances Castellanos, anteriores al siglo XVIII*. Biblioteca Rivadeneira.

KLYMO, MICHEL.—*Contes et Légendes*. París, Maisonneuve, 1898.

LAVAL, RAMÓN A.—*Contribución al folklore de Carahue*, Madrid, 1916.

LAVAL, RAMÓN A.—*Tradiciones, leyendas i cuentos populares*. Santiago, Imp. Universitaria, 1921.

LENZ, RODOLFO.—*Estudios araucanos*. Santiago, Imp. Cervantes, 1895-1897.

LUZEL, F. M.—*Contes populaires, de Besse-Bretagne*. París, Maisonneuve et Leclerc, 1887.

MONNIER, MARC.—*Contes populaires en Italie*. París Charpentier, 1880.

PINNEAU, LEÓN.—*Le Folk-Lore de Poitu*. París, Leroux, 1892.

SÉBILLOT.—*Contes de Marins*. París, Charpentier, 1880.

SÉBILLOT.—*Littérature orale de la Haute-Bretagne*. Paris, Maisonneuve et Leclerc, 1886.

SÉBILLOT.—*Contes des provinces de France*. Paris, L. Cerf, 1884.

VICUÑA CIFUENTES, JULIO.—*Romances populares i vulgares*. Santiago, Imp. Barcelona, 1912. (Biblioteca de Escritores Chilenos).



INTRODUCCION

En una breve excursión que realicé hace poco tiempo al Archipiélago de Chiloé, recojí el material folklórico que sirve de argumento a esta memoria. Sabido es que Chiloé fué el postrer baluarte de la dominación española en Chile. Ahí se refujieron los últimos restos del ejército realista, i los soldados de España, vivieron durante mucho tiempo en íntimo contacto con la población criolla en la que se infiltró, más que en ninguna otra provincia, la tradición peninsular, que aun ahora perdura.

Contribuyó no poco, más tarde, a hacer más simpática la dominación española en esa rejión, el recuerdo propalado por los ancianos en las jeneraciones jóvenes, de los días de abundancia, en aquella tierra pobre i desatendida, que lójicamente llevó consigo la dominación misma. I como el corazón se apega a lo más grato, a nadie estrañará que los isleños de aquella provincia se hayan considerado más españoles que chilenos, hasta hace poco tiempo.

La tradición española fué ahí cultivada con amor, i habría llegado, en su forma, con relativa pureza

hasta nosotros, a no viciarla el elemento indíjena, que habla una jerga bilingüe, propia para trastornarlo todo.

En la rápida excursión que hice a aquellas rejiones, no tuve posibilidad de elejir mis informantes, de seleccionar mis recitadores, i hube de conformarme con lo que más a mano encontré. A esto se debe que las versiones que presento de romances, décimas i cuentos populares, adolezcan de gravísimas incorrecciones, en forma que no se dejan restaurar ni siquiera parcialmente. Otras variantes se recojerán más tarde, i las que modestamente ahora ofrezco, servirán talvez para ayudar, aunque sea en parte mínima, a reconstituir algún pasaje, a resolver alguna duda; que en este trabajo de recojer versiones de la tradición oral, no hai tarea enteramente perdida.

Pensates (1) en hacerme mal
Pero me hicites (2) un bien
Mudates (3) de parecer
En lo que me prometías
Yo bien claro lo temía
Que d'esa manera tratabas
Con darte una reprensión
Te lo prometo prenda mía.

II

Niña de mala intención
Qu'en al tratar te solicito
Varias veces me acordaba
Que te vía (4) de mala vuelta
Tú creías qu'era afrenta
Al desposarte conmigo
De por Dios te lo he prometido
Para nada te quiero a tí
Si una puerta se me cierra
Doscientas se abren pa mí.

III

Te mostrates (5) soberana
Queriéndome hacerme jente
Yo no quiero amor forzado
Siño voluntariamente.

(1) Metátesis rejional.

(2) Idem.

(3) Idem.

(4) *Vía* por *veía*. Mui usado por el vulgo de la rejión.

(5) Véase número 1.

El tratar es de la jente
Así te lo estoi relatando
Hallarás quen (6) t'engañe
Pero quen te cumpla ; cuando!
Por ser de mala intención
Que a todos'tás engañando.

IV

Mi agradable señorita
¿Cuál será lo que más vale,
Una fea siendo firme
O una bonita variable?
La bonita se refala (7)
I a mí no se me dá nada
Que andes de más arrastrada
Como la suela'el zapato
Para que tú sepas tratar
I no seas de malos tratos.

CANTARES

(Recitador: E. A., de 30 años, residente en Chonchi)

La fatiga i la muerte
Grandes fatigas son,
Pero con las del querer
No tiene comparación.

.....
Un corazón de madera

(6) *Quen* por *quien*.

(7) *Refala* por *resbala*.

Tengo que mandar hacer
Pa que no sienta ni padezca
Ni sepa lo qu'es querer.

Cuando te veo por la calle
No me dices adiós,
Ni las ánimas benditas
Sufren lo que sufro yo.

PROSA

Fueron muchos los cuentos que recojí en mi corta excursión por Chiloé, pero como el estudio de todos ellos sería sumamente largo, he tomado sólo uno: «Los Tres Hermanos», referido por Rosa Cayún Panichine, de cuarenta i ocho años, de los alrededores de la laguna de Huillinco.

Oigamos a la narradora:

En una si'da' (1) (2) abía un ombre ke tenía tréshijo' (3). Salieron los dos hermano' mayores a buskar su fortuna i ke'ó (4) el menor. Kuando

(1) Los chilenos no hacemos ninguna diferencia entre z, c i s, pronunciándose los tres sonidos como si fuera s, i en las provincias centrales, frecuentemente se reemplaza la s por una pequeña aspiración.

En Chiloé tampoco se hace diferencia entre z, c i s, pero tampoco se nota esa aspiración que hace la jente del centro para reemplazar el sonido s.

(2) La d final la omite jeneralmente no sólo el vulgo sino también la jente culta.

(3) Con la s, final pasa casi lo mismo que con la d.

(4) Las consonantes intervocálicas a menudo se suprimen.

jué (5) grande también salió a buskar trabajo. Ye'ó (6) en la kasa (7) de un kabayero buskando trabajo, el kabayero le'ijo (8) ke sí.

Entonse' le'ijo el jóben (9) a su patrón ke le almitiera (10) una yegüesita, le'ijo ke sí i luego después isieron un kompromiso de los dos: ke naide (11) s'enoje (12) por kosas ke se agan i el ke s'enoje lo pa'e kon (13) la muerte.

Así sigu'erón (14) trabajando. El primer trabajo jué de los kabayos ke los ensierr'en la noche. Al otro día el patrón, temprano le kortó la jeta (15) a la yegüesita i *entonse' jué yamar* (16) su moso i

(5) Mui común es el cambio de la (f) inicial en j en el centro i sur del país. En el norte menos.

(6) En la provincia no se hace distinción entre doble ll i y. Se pronuncia y.

(7) Es un vicio rejional mui común hasta hace poco, el dar falso réjimen a los siguientes verbos: Llegar que construyen con *en* en vez de *a*; venir, con *en* en vez de *a*; alcanzar que los construyen con *de*, depender con *en*; despedirse con *con*, ir con *en* en vez de *a*, etc.

(8) Mui común la supresión de la d inicial en todo el país.

(9) No se hace diferencia entre b i v. Se pronuncia b.

(10) Cambio de la d en l.

(11) *Naide* por *nadie*.

(12) *Enojar* por *disgustar*, pero comúnmente se le da el significado de retar, reprender.

(13) Véase número 4.

(14) Vulgarismo provincial. Se cambia el diptongo ie unas veces en i, otras veces en e. Ej. *sigueron* por *siguieron*; *hirve* por *hierve*.

(15) *Jeta* por *belfo*.

(16) *Fué llamar* por *fué a llamar*. Es frecuente en Chiloé suprimir la preposición a delante de los infinitivos, en los complementos ordinarios.

le'ijo: Moso lebántate i mira tu yegüesita, la risa ke tiene kon mis kabayos.

—Entonse' 'ijo el moso: Está bien nomá'. Así el otro día, el moso les kortó la jeta de los kabayos del patrón *i en esa* (17) yamó a su patrón i le'ijo: Patrón lebántensen (18) i benga ber sus kabayos ke risa tienen kon mi yegüesita. Ye'ó el patrón i entonse' 'ijo el moso: —¿Se enoja patrón? —Por eso no m'enojo. Está bien. Mas ense'ida le'ijo al otro día ke dentre (19) to'os los chanchos i las abes i los deje to'os bien akomuda'os (20). —Así lo iso el moso. En la noche mató to'os los chanchos i gayinas i los dejó bien amontonados i las abes también. Entons' el patrón los ye'ó a ber en la mañana: Moso, agora (21) me jodites. (22) Entonse' el moso dise a su patrón:—S'enoja por eso?—Entonse' 'ijo el patrón: no m'enojo está bien no má'.—Moso agora mañana nos bamos ir al potrero a ver pora'i, bas dejar al korral la tropiya.—Al otro día le'ijo k'ensiye tres kabayos: uno pa él i otro pa su ija i otro pa su moso i se jueron i ye'aron a'í algo cansa'os i después le'ijo que se duerma; él al kanto (23), la ija al medio de

(17) Tiene varias acepciones, *inmediatamente*, en este caso.

(18) *Lebántensen* por *levántese*. Es mui común en la provincia agregar n a las formas verbales construídas con reflejo, ya sea que el verbo esté en singular o plural.

(19) *Dentre* por *entre*. Mui común en todo el país.

(20) *Acomuda'os* por *acomodados*. Es tendencia común del bajo pueblo de la provincia cambiar la o en u. Ej. *Filumena* por *Filomena*, etc.

(21) Arcaísmo usado aun en la provincia.

(22) Metátasis regional.

(23) *Al canto* por *al borde*.

los dos i el moso le'ijeron ke dentre al kostao (24) de la señorita i era al kanto de un riesko (25). A la media noche el jóben abía pasa'o al mediesito (26) i la niña estaba al pié (27) del riesko.

Kuando el kabayero se despertó, entonse' rempujó (28) el kabayero a los dos, disiendo k'el (29) moso estaba al'oriya del riesko i la ija d'el estaba al oriya del riesko i se kayó (30). Al otro día kuando se lebantó el kabayero dispierta (31) la ija. — En es'ora se lebanta el moso i le ise: —¿Kiubo patrón?

—Aora sí, me jodite moso i... —¿S'enoja por eso? —No m'enojo le'ijo.

Mas agora bamos; i se jueron pa la kasa. Kuando ye'ó el kabayero mui triste, entonse' la señora pre'untó de su hija, el no kontiestó (32) náa.

Entonse *yamó su moso*, (33) le pa'ó su almú' de plata i le dió una barita de Santo Tomás i un paño i una mulita ke k... oro i plata i esta mulita kuando le'isía ke bote oro i plata, i su barita kuando le'isía: Barita de Santo Tomás; i kuando tendía su

(24) *Al costao por al lado.*

(25) *Riesko por risco.*

(26) *Al pie de, por al borde de.*

(27) *Al mediecito por al medio.*

(28) *Rempujó por empujó.*

(29) *Diciendo que por creyendo que.*

(30) Vocalización de la y.

(31) *Dispierta por despierta.*

(32) *Contiestó por contestó.*

(33) A veces se suprime la preposición *a* en el complemento directo, con término de persona. Ej. *llamó su moso, conoció sus hermanos*, en vez de *llamó a su mozo, conoció a sus hermanos*.

pañó i le'isía: Agora dame de las mejores comidas i bebidas, i luesito (34) tenía tóo lo ke pedía.

Así ib'andando en el kamino, kuando *alkansó sus ermanos*, le pre'untaron a'ónde bía andao i el 'ijo.—Andube ond'el kabayero onde ustés pasaron i entonse pre'untó, él a los dos ermanos, ke tal les abía ido, kuinto de plata abían gana'ó.—Traemos no más ke un almú de plata i tú? le pre'untaron.—El menor ijo: Traigo un almú i esta mulita k'es tóo oro i plata, i entonse' se pusieron a l'oriya del camino a komer, i entonse los ermanos maiores komieron solos i el más menor (35) mirando. En se'ida, tendió su paño i su barita de Santo Tomás i le pidió de las mejores comi'as i bebi'as. Entonse' los ermanos estubieron mirando; ensegúia los inbitó pa la mesa ond'estaba komiendo él. Por fin ye'aron i komieron i tomaron de los likores i luego ke le abía piya'ó el likor i entonse' les'ijo su ermano que pongan sus mantas i mandó su mulita ke k. . . oro i plata i eyos a rekojer.

En eso estaban kuando se abían agarrado a la pelea. Entonse' le'ijo su hermano ke se dejen no isieron caso ná. Entonse' mandó su barita de Santo Tomás isiéndole dale más. *En esa* (36) se dejaron porke la barita de Santo Tomás no lo dejó de kaskar (37), asta ke pidieron de por Dios al ermano menor; se arrodiyaron onde él, entonse' kreyeron de su ermano i di a'i se pusieron al kamino, asta ke yegaron a la kasa del padre los dos mayores. El menor se jué detrás; kuando ye'ó el menor, ya uno de los

(34) *Luesito* por *luego*.

(35) *Más menor* por *el menor*.

(36) *En esa* por *sólo en ese momento*.

(37) *Caskar* por *pegar*.

ermanos estaba kasándose. El ye'ó la noche de la fiesta, poko más caso lo isieron porke no lo konosieron i ye'ó ajuera asta kuando (38) el padrino de los nobios salió i se jueron ond'estaba el jóben i luego lo inbitó pa komer i le konbidó likor, i luego lo yebaron pa la kasa del padre; asta entonse' se dió *al konoser* (39) onde (40) su padre i onde su mama i los ermanos i tó'os, i asta en l'ora jué la fiesta en forma; él dió tó'os los likores güenos i después le *mandó trabajar* una (41) kasa pa su papá i después otra pa él kon su riko almasén.

Ast'entonse', tubo señora, fin d'esto.

Esta narración con tantos «entonse'» i que se denomina «los tres hermanos», es mui semejante a una cantidad de cuentos de la literatura popular nacional i de otros países. A primera vista se vé que este cuento es una refundición de dos; i que a la primera parte de él le falta el principio, es decir, las aventuras pasadas por los dos hermanos mayores del héroe de nuestro cuento i que no aparecen, sino nombrados al principio i al fin. En el «Folklore de Carahue», de Don Ramón Laval, páj. 124 i sig. encontramos:

(38) *Hasta cuando* por *hasta qué*.

(39) *Al konocer* por *a konocer*.

(40) *Onde* por *de*.

(41) *Mandó trabajar*, por *mandó hacer*.

LA CARTA PARA LA VIRJEN

En un pueblo había un matrimonio mui pobre que tenía tres hijos. Los dos mayores: Pedro i Juan eran mui pendencieros; i Manuel, el último, un joven de 18 años era de gran carácter.

Pedro, el mayor, salió a correr tierras i a buscar dinero i una mañana llegó a un hermoso palacio en el cual se ostentaba un letrero que decía: Se necesita un mozo para un mandado.

Golpeó i fué llevado a presencia del rei, quien le dijo que efectivamente necesitaba un empleado para un mandado i que pagaba por ir i volver un almud de plata, o el cielo para después de la muerte, a escojer.

—Pedro dijo que lo haría por lo primero, pues tiempo había para ganar lo demás.

—Mui bien, dijo el rei, pero si vuelves sin entregar la carta que debes llevar te haré arrancar una túrdiga desde la nuca hasta la cola. En seguida ordenó al mayordomo que ensille un caballo para Pedro.

De tres caballos que le presentaron: uno obscuro, un tordillo i un blanco, Pedro escojió el obscuro i se dispuso a partir; el mayordomo le detuvo i le dijo: El caballo sabe donde debe ir, no le tires las riendas porque volverá i el rei sin compasión ninguna te hará arrancar la tira de piel.

Anduvo Pedro varios días sin tropezar con nadie ni con nada, hasta que de repente se encontró con un río de sangre, e instintivamente tiró las riendas a su caballo i éste ipso-facto volvió al palacio.

Cuando el rei lo vió entrar, le dijo: No cumpliste las instrucciones que se te dieron; devuélveme la carta i entra.

Pedro entró i encontróse con el verdugo, que con maestría sin igual lo desnudó i le arrancó de las espaldas una tira de cuero, desde la nuca hasta la cola.

Pedro no se quejó, i cabizbajo volvió a su casa.

Sus padres le preguntaron: ¿Cómo te ha ido? Mui mal, contestó él i refirió todo lo acontecido.

Entonces Juan, el segundo hermano, pidió permiso a sus padres para tentar la aventura i se fué.

Repitiéronse las mismas escenas que entre Pedro i el rei i después de ensillar el tordillo partió.

Pasó el río de sangre, pero al llegar a un río de materia pútrida, tiró las riendas al caballo i volvió.

Hicieron con él lo mismo que con Pedro i mohino también volvió a la casa.

Manuel, que escuchaba, no se desanimó por el fracaso de sus hermanos i premunido del permiso de sus padres se presentó al palacio del rei i después de pedir, no el almud de plata, sino el cielo, hizo que le ensillasen el caballo blanco i partió.

Pasó el río de sangre, el de materias pútridas, pasó por entre dos toros enormes que peleaban desafortadamente i en fin numerosos obstáculos, hasta que por fin llegó a un prado en el que se levantaba una chocita mui aseada. Allí se apeó Manuel i entregó la carta a una viejecita que estaba sentada a la puerta. La viejecita leyó la carta i dijo a Manuel: Es de mi hijo: mañana entregaré a Ud. la respuesta, mientras tanto, bájese del caballo, tome algún alimento i descanse. Obedeció Manuel i al

día siguiente regresó sin ningún contratiempo. Entregó la carta al rei, quien se alegró mucho i preguntó al joven sobre lo que había vsito. Este le dió cuenta de todo i el rei dábale la esplicación correspondiente: el río de sangre que vió era la sangre de Jesucristo, el de materias pútridas los pecados de los hombres, los toros que peleaban i los cerros que se golpeaban, eran sus padres i sus hermanos que estaban pagando sus pecados i la viejecita era la Virgen María, madre del rei.

Entonces Manuel, arrodillándose exclamó:—N. S. Jesucristo. Si es así, salvad a mis padres i hermanos.

—Se salvarán una vez que tú mueras, pues pienso darte este palacio con sus riquezas i vivirás aún cincuenta años.

—Señor, si los míos se han de salvar cuando yo muera, no quiero palacios ni riquezas, venga la muerte para vivir con ellos en el cielo.

—El Señor estendió sus manos sobre Manuel que cayó muerto i su alma, en forma de paloma, emprendió el vuelo al paraíso i en su camino se reunió con las almas de los suyos.

Como se ve claramente en este extracto, aparecen tres hermanos, como en el cuento que estudió i en ambos salen los protagonistas impulsados por la necesidad. En ambos triunfa el menor de los hermanos, pero en el cuento del señor Laval vienen mui bien detalladas las aventuras de los tres personajes, mientras que en «Los Tres Hermanos», sólo aparecen los nombres de los dos primeros. Sin

duda, se le olvidó a la narradora, o hará mucho tiempo que en mi tierra se cuenta así. No podría asegurar nada sobre el particular. En el cuento «Los Tres Hermanos», el que no cumple el compromiso de no enojarse por nada de lo que se le haga, paga con la muerte, i en «La Carta para la Virgen», el castigo consiste en arrancar una faja de piel. De todos los cuentos que he leído el que más se asemeja a «Los Tres Hermanos» es «Quatorze», de L. Pineau, que figura en la obra «Le Folklore de Poitou», páj. 45 i sig. He aquí una traducción:

Un señor alquiló un sirviente que se llamaba Quatorze. El lo tomó hasta que el cou-cou cante i con la condición de que si uno no estaba contento del otro, éste levantaría de la piel del primero, desde la nuca hasta la cola, una faja de tres dedos de ancho. He aquí que el patrón lo mandó a arar i le dijo: —Ya sabes. Tú vendrás solo cuando venga el perro. (Había enviado un perro con él). Le dió un huevo para todo el día i era necesario comer de él en todos los bocados. Para irse a tomar la sopa, el perro no se iba mui temprano.—Pero, ¿este negocio durará mucho tiempo?, murmuró el joven.

El patrón lo oyó i le preguntó: —¿Dime Quatorze, no estás contento? —No mucho.

—Acuéstate ahí para que te levante la piel!

I le levantó la piel desde la nuca hasta la punta de la cola.

I llegando a su casa, Quatorze lloró.

—Toma le dijo su hermano, ¿por qué te has hecho levantar la piel?

—Ah! buen Dios, dijo él, espérame que yo vaya allí i te traeré algo para reemplazar la tuya.

Fué el hermano a casa del caballero i le dijo:

—¿Necesita un criado?

—Tú lo sabes. Yo te tomaré hasta que el cou-cou cante.

—Bien, bien, dijo. Tomo el mismo puesto de mi hermano i con las mismas condiciones. —Tomó la misma comida, su huevo para todo el día. Llevó el perro para arar; en las dos o tres primeras vueltas todo anduvo mui bien, pero a la tercera, tomando al perro del cuello lo amarró al arado diciendo: Tú harás tantas vueltas como yo. A la segunda vuelta, desata al perro, que marcha a la casa, él desengancha los caballos i le sigue.

—Ah! (dijo el patrón) muchacho, te has fatigado temprano esta mañana?

—Patrón. Ud. me dijo que volviera cuando el perro lo haga. El ha vuelto. ¿No está Ud. contento?

—Sí, sí, sí.

Al día siguiente había una feria.

—Quatorze, tú vas a reunir los chanchos mui de mañana i lo llevarás a la feria.

Así lo hizo el muchacho i vendió los chanchos a un carnicero i se guardó todas las colas i después de recibir el dinero volvió a casa mui lijero i al pasar por un mal camino, encajó las colas en el barro.

Llegando a la casa dijo al patrón: Yo he pasado por el camino que Ud. me dijo i los chanchos han quedado todos sumidos. No se ven sino las colas.

El patrón fué rápidamente, tiró los chanchos por la cola i se quedó con las colas en la mano.

—Ah! Quatorze, dijo, qué desgracia haber perdido tanta plata.

—¿No está contento patrón?

—Sí, sí, dijo él.

Vueltos a la casa i después de haber cenado, dijo el patrón:—¡Quatorze! Esta noche debes ir a buscar al diablo.

El joven partió a cumplir su cometido i llegando a la puerta del diablo golpeó i por medio de una estratajema, logró sacarlo i llevarlo a presencia del patrón. El patrón dijo al diablo que quería que bebiese i comiese. El diablo contestó: —Tú sabes que soi un ser que no come ni bebe. Ahora para castigarte voi a llevar un ángulo de tu castillo.

Quatorze preguntó a su patrón, dónde seguiría trabajando. —Sí, contestó el caballero, parece que tu trabajo prospera.

—¿No está Ud. contento señor?

—Sí, sí, sí. Yo quiero que, de hoi a mañana, me hagas un camino blanco, desde el castillo a la carretera. —Mui bien, se hará, contestó el mozo i se fué a casa de los colonos i les pidió todo su trigo. Los molineros, los carretoneros, todo el mundo condujo al molino i esparció la harina para hacer el camino blanco...

—¡Ah! dijo el caballero a su señora, Quatorze nos hará perecer. Mui pronto nos arruinará, i al mozo le dijo: —A tí no te atormenta, no te molesta, el tomar mi trigo para esparcirlo por las calles.

—¿Está contento patrón?

—Sí, sí, sí.

En seguida el caballero dijo a su señora: desnúdate, yo te untaré el cuerpo con miel, te meteré en un tonel de plumas i así irás al jardín, subirás al ciruelo i cantarás cou-cou.

I como había nevado, el mozo estaba en una cueva del bosque i de repente oyó cantar el cou-cou.

¡Bah! dijo, ya estamos en primavera! Por ser el primero que oigo cantar es necesario que la mate, i empuñando un fusil dió dos disparos i mató al cou-cou. I he aquí que el marqués llega corriendo i dice al joven:

—Desgraciado, ¿qué has hecho? ¡Has muerto a mi mujer!

—¿Yo? ¿qué dice patrón? Yo he creído que es un cou-cou. ¿No está Ud. contento? —No mucho.

—Acuéstate aquí, yo te levantaré la piel, para enviársela a mi hermano.

En este cuento, no aparecen tres hermanos, sino dos, pero es el que tiene mayor semejanza con «Los Tres Hermanos», pues en ambos existe el compromiso de no disgustarse i el que no cumpla el compromiso, tendrá un castigo: la muerte en uno de ellos, sacarle una faja de piel en el otro. En ambos triunfa el menor de los hermanos, i las picardías llevadas a cabo por el mozo del cuento chilote i Quatorze del cuento francés son más o menos parecidas. El «mozo» corta el belfo a los caballos, Quatorze cansa al perro, el mozo mata las gallinas, Quatorze corta la cola a los chanchos i más aprovechado que el «mozo» engaña al patrón i llena sus bolsillos con la venta de los chanchos. Por último el mozo indirectamente es el causante de la muerte de la hija del patrón i Quatorze directa pero inocentemente mata a su patrona. I al final Quatorze arranca la faja de piel al amo i el mozo recibe tres dones.

En un libro titulado «Contes populaires de la

—Tú eres mui joven, le contestaron.

No os inquietéis por mi edad, respondió Laouic i presentando su espalda, transportó a San Pedro primero i en seguida volvió a buscar al segundo viajero. Este parecía mucho más gordo i poco faltó para que le dejase caer al agua. Con todo lo llevó hasta la orilla opuesta i le dijo: Ya no podía más. ¡Es Ud. tan pesado!

—¡Ya lo creo, mi niño, dijo San Pedro, tú has llevado el mundo sobre tus espaldas.

—¿Qué quieren decir esas palabras, padrino?, preguntó el niño asombrado.

—Que tú has llevado sobre tu espalda a aquél que ha creado el mundo i todo lo que existe. Nuestro Señor Jesucristo en persona.

—No se burlen de mí.

—Absolutamente, hijo mío; la prueba es que si tú le pides cualquier cosa, él te la dará.

—Sí, dijo entonces N. S., pídemelo que quieras, que te lo concederé.

—Pídele el paraíso, dijo San Pedro.

—¿El paraíso? —Si yo lo merezco, espero que lo tendré. Yo quiero solamente un bonito pito de plata para entretenerme.

El Señor, se lo dió diciéndole: Si alguna vez te encuentras en apuro, toca tu pito i él te será útil, ya verás.

I los dos viajeros continuaron su camino i Laouic partió después silbando i cantando.

En la tarde llegó al mismo castillo donde habían estado sus hermanos. Pasó la noche allí i a la mañana siguiente se le envió también a guardar las perdices.

¡Qué singular ocupación! se decía él, mientras

iba hacia la landa con tres perdices en una caja. En fin, vamos, ya veremos lo que esto significa.

Una vez que llegó al lugar indicado, dió libertad a las perdices, las que volando, desaparecieron.

A medio día, vino la empleada a dejarle la comida.

—¿Dónde están tus perdices? preguntó.

—Yo no sé, se fueron i no las he visto más.

—Ah, pobre niño, temo que dejes tu piel como los otros! I al mismo tiempo lo miraba con ternura, pues Laouic era hermoso.

—¿Tiene Ud. muchos deseos de verlas? preguntó Laouic.

—Sí, yo deseo mucho verlas.

Entonces tocó el silbato de plata tres veces e inmediatamente las perdices llegaron i se metieron en la caja.

—Tú si que tienes un hermoso pito, dijo ella asombrada, ¿quieres vendérmelo?

—Oh, ni por pienso.

—Sí, véndemelo, i yo te daré por él, lo que quieras. ¿Querrías tú cien escudos?

—Cien escudos i un beso.

—No, sin beso.

—Entonces, guardo mi pito.

—Bien, yo traeré los cien escudos mañana, i tú me darás el pito. ¿Entendido? I se fué.

Llegando al castillo, ella fué corriendo a la pieza del caballero, en la cual estaba éste con su hija i les dijo: Ah, qué buen guardador de perdices habéis encontrado! Aquél tiene un pito de plata que cuando lo toca las perdices vuelven inmediatamente a la caja, acompañadas de varias otras! Yo lo

he visto i Uds. lo verán volver esta tarde, con las perdices en la caja.

—¿Será algún hechicero?—dijo el caballero.
¡Vamos a ver!

A la puesta del sol, Laouic volvió con sus perdices en la caja i otras más con ellas. El señor le felicitó.

A la mañana siguiente, volvió a su oficio i la sirviente llegó a medio día con el almuerzo i le dijo: He aquí los cien escudos, dadme el pito.

—I el beso me hace falta también!

—Ya que es necesario, contestó ella enrojeciendo i se dejó besar.

—Dadme ahora el pito.

—Antes de cederlo, yo quiero avisar al caballero i decirle a qué precio lo he cedido.

—¡Oh! no digas nada, te lo suplico; guarda la plata i el pito pero que mi patrón no sepa. I se fué.

Al día siguiente Laouic volvió al mismo lugar con sus perdices i la hija del caballero le trajo el almuerzo i le hizo las mismas preguntas que le hizo la empleada la primera vez que habló con él.

El le dió la misma contestación con la única diferencia que en lugar de cien escudos le pidió doscientos.

Al siguiente día volvió la niña i cumplió lo prometido i exigió la entrega del silbato.

Dulcemente, Laouic le dijo que era necesario que le dijese a su padre a qué precio había cedido el silbato.

La niña hizo la misma objeción que la empleada i el astuto muchacho se guardó los doscientos escudos i su pito.

Al otro día fué la señora del castillo a comprarle el pito.

Se repitió la misma escena que con las anteriores, pero a ésta le pidió quinientos escudos.

Tampoco se lo llevó la señora, porque él no quiso darlo mientras no contase a su patrón lo acaecido i a ninguna de ellas le convenía.

La señora, hizo buscar a su marido i le dijo: Este muchacho debe ser májico, tiene un silbato de plata, con el cual vuelve las perdices a la caja cuando quiere. Es necesario que tú obtengas de él, el pito a cualquier precio. Vé mañana al páramo, lleva seiscientos escudos por lo menos i no vuelvas sin el pito.

El caballero cumplió el deseo de su señora i fué al lugar en que estaba el joven i después de un ligero diálogo, le habló sobre la compra del pito. El joven le dijo que pedía seiscientos escudos i además que le permitiera darle tres golpes de lezna en la parte trasera. El caballero se resistió muchísimo, por fin cedió, pero al primer golpe, Laouic le enterró la lezna hasta el mango en la nalga derecha. —¡Ai! ¡Ai! gritó él i se enderezó.

—Esperad, dijo el muchacho, faltan dos todavía.

—Guarda tu pito i la plata i vete al diablo, dijo el caballero jimiendo.

—Esto es una maravilla hasta el presente, dijo Laouic. He ganado mucha plata con poco trabajo. Con tal que esto no se deteriore al fin...

El caballero i su mujer pasaron la noche buscando el medio de destruir la sagacidad de Laouic, desbaratando sus planes.

—Es necesario decirle, opinó la mujer, que llene un saco de verdades, si no, debe morir.

—Eso es, dijo el caballero, jamás conseguirá llevarlo a cabo.

A la mañana siguiente, en el momento en que el joven se disponía a salir con sus perdices, el señor del castillo le dijo: Hoi no harás ésto, tengo que darte otra ocupación. Tienes que llenarme un saco de verdades, si no, la muerte te espera.

—Ya lo haré, contestó tranquilamente el joven, pero, preparadme sí un gran saco, porque allí quiero poner grandes verdades.

—Está bien, estad listo para antes de almuerzo, delante de toda la jente de mi casa.

—No dude de ello, señor, que yo estaré listo: A las dos horas, toda la jente del castillo estaban reunidos en el gran salón. El señor tiró un gran saco a los pies de Laouic, diciéndole: Llenadme el saco de verdades.

—Al instante, respondió él.

En seguida, volviéndose a la sirvienta le dijo: ¿No es cierto que, cuando Ud. me llevó de almorzar, quería comprarme mi pito i me habéis dado cien escudos i. . .

—Es bien cierto—interrumpió la sirvienta con vivacidad.

—Primera verdad, entrad en este saco. I la puso en él.

En seguida, dirigióse a la hija del castellano a la que interrogó sobre lo pasado entre ellos, lo mismo hizo con la madre i antes de llegar al beso, la hija dijo que era verdad i la madre furiosa dijo que saliera, que era el diablo.

—Yo tenía, sin embargo, dos grandes verdades,

que poner todavía en mi saco, como Ud. sabe... pero quiero irme luego a ver a mi vieja madre que debe estar esperándome con impaciencia. Llevo mi pito i vuestra plata i os doi las gracias. I saludando irónicamente, salió. Fuése, directamente a la casa de su madre, le hizo construir una hermosa casa, compró tierra i fué uno de los grandes propietarios de su departamento.

En este cuento son tres también los personajes i los tres salen de su casa para buscar fortuna. Como en «Los Tres Hermanos» es el menor el habilitado i el triunfador.

En el Tomo III de la misma obra, encontramos un cuento casi igual a «Los tres hijos de la viuda». El tema es el mismo, únicamente los personajes varían en número, en lugar de tres, son dos.

Hélo aquí:

YANVIER ET FEVRIER OU LE RUBAN DE PEAU ROUGE.
(Luzel, Tomo III, páj. 216 i sig.)

Había una vez un anciano que tenía dos hijos llamados Enero i Febrero. Enero, que era el mayor, cuando tuvo dieciocho años, se aburría en casa de su padre i resolvió viajar. Partió con la bolsa liviana, pues ellos no eran ricos. Después de tres días de viaje, se encontró en una gran avenida de añosas encinas al final de la cual se encontraba un hermoso castillo.

—Es necesario que yo pregunte si necesitan un sirviente en este castillo. I diciendo i haciendo, se

dirigió al portero del castillo i preguntó. El portero contestó que acababa de partir uno i era necesario reemplazarlo. Lo condujo a presencia del patrón, e interrogado sobre lo que sabía hacer, contestó que un poco de todo.

—Está bien, usted tiene bastante buena cara i me gusta. He aquí las condiciones: Ud. trabajará todos los días en el campo, en el bosque o en el jardín. A la puesta del sol, vendrá a la casa i entonces cuidará a los niños i hará todo lo que le pidan. Tendrá buenos emolumentos, cien escudos por año, i su año terminará, cuando cante el cu-cú.

Mui bien, no pido más, dijo Enero.

—Hai todavía una cosa que no debe ignorar, dijo el señor: Ud. no debe irritarse jamás, por lo que se diga o se haga, de otra manera, se le arrancará una faja de piel, desde la nuca hasta los talones.

—Esto no está tan bien, pero, Ud. mismo, señor mío, si Ud. se enoja primero? . . .

—Si yo me enoja primero, es a mí a quien se le arrancará la faja de piel roja, pero, yo no me enoja jamás.

—¡Enhorabuena!

Al día siguiente en la mañana, le dió una segadera i le dijo que fuera al campo a cortar aliaga.

—Señor, yo no sé donde está el campo.

—He aquí un perro que te conducirá i permanecerá contigo, hasta la puesta del sol.

El se fué al campo i se puso a segar. Cuando se cansó quiso fumar i reposar un poco, pero el perro se acercó a él gruñendo i mostrándole los dientes. Quiso acariciarlo, pero el animal seguía siempre amenazante. —Diablo de perro, dijo Enero dejando su pipa, i se puso a trabajar. A medio

día una sirvienta le trajo su comida. El se sentó para comer. La sirvienta había traído dos escudillas de sopa; una de pan blanco para el perro i una de pan negro para Enero. Este comió de mal humor, pues deseaba fumar pero el perro no lo dejaba, por lo cual se vió obligado a trabajar inmediatamente.

En la tarde, el perro tomó el camino de la casa i Enero le siguió. Se le dió nuevamente sopa de pan negro. Mientras que él comía, los niños se pusieron a gritar i Juan, mandado por la señora tuvo que salir a acompañarlos. Cuando volvió, ya se había terminado de comer i no había nada en la mesa.—No habría para mí un poco de tocino? preguntó tímidamente.

—Es demasiado tarde, respondió la señora.

—Triste cena, después de una jornada tan ruda, murmura él. —¿Qué no está Ud. contento? le preguntó el señor.

—Yo no estoi enojado, no moriré por una mala cena i se fué a acostar.

Al día siguiente se repitieron las mismas escenas i como tenía tanta hambre se atrevió a decir: Yo he trabajado bien hoi día, señor, i tengo hambre.

—Aquí es la costumbre, que el que llega, cuando se ha levantado la mesa, no tiene derecho a nada.

—Cómo! trabajar todo el día sin un momento de descanso i no tener nada que comer en la tarde? ¡Esta no es vida!

—¿No está Ud. contento?

—Cualquiera en mi lugar, no lo estaría.

—Ya sabe nuestro compromiso. Nosotros vamos a arrancarle la correa. ¡Vamos, muchachos! E in-

mediatamente cuatro ciados se echan sobre el pobre Enero i le arrancan una faja de piel.

Después de esto, volvió a su casa, triste i enfermo.

Su padre, viéndole volver le dijo: Tú no has estado lejos, hijo mío, i el bienestar no ha aumentado en nuestra casa.

Enero contó todo a su hermano i éste prometió vengarlo.

Salió mui pronto i entró al servicio del señor del castillo en las mismas condiciones que su hermano.

El primer día pasó las mismas penurias que Enero, pero al día siguiente, cuando cansado quiso reposar fumando su pipa, el perro gruñó amenazante; él tomó la segadora, le cortó la cabeza i fumó tranquilamente. A medio día, la sirvienta que venía a dejar el almuerzo, se asombró de ver al perro muerto i a Febrero que dormía a la sombra y corrió a contárselo a su amo.

Cuando en la tarde Febrero volvió sin el perro, el amo irritado le dijo: —Miserable, tú has muerto mi perro.

—Sí, yo lo he muerto. ¿No está Ud. contento?

—¡Oh! por un perro no vale la pena de enojarse, ven a cenar. I disimuló su cólera.

Mientras comía en la cocina los niños se pusieron a importunarle gritando que querían salir.

—Váyanse al diablo i déjenme comer tranquilo, dijo él, i por la ventana echó los niños al patio.

—Qué haces miserable, quieres matar a los niños? gritó furioso el patrón.

—¿Ud. se enoja, amo?

—¿I quién no se enojaría? I reflexionando agregó:

—Pero, como yo tengo tan buen carácter, no me enojo nunca.

He aquí que el caballero i su mujer, no sabían cómo deshacerse de Febrero, pues veían que éste no se dejaría engañar como su hermano.

Al otro día no lo mandaron a segar i el señor le dijo: Venga a dar una vuelta al bosque conmigo, allí se cortan plantas, se derriban árboles, i se me hace un daño considerable. Desgraciado aquél que yo sorprenda robándome, porque no lo perdonaré.

I se fueron, llevando cada uno un fusil al hombro. Entrando al bosque, divisaron una anciana que recojía algunas briznas de leña seca para cocer las papas de su comida. El caballero apuntó, tiró i la mató de golpe.

—¡Qué desgracia, gritó Febrero; yo conocía a esta anciana i sé que tiene tres hijos que la vengarán i Ud. no se escapará; en verdad yo no querría estar en vuestro lugar.

—Vaya ligero a la casa i traiga dos palas que encontrará al fondo del corredor, cerca de la pieza de mi mujer, para que enterremos a la vieja i nadie sabrá así lo que le ha acontecido. Febrero corrió al castillo i pasando por el corredor vió a la señora i a su hija i como la puerta estaba abierta, entró i dijo a la señora: Mi amo me ha mandado a abrazaros i echándose sobre ella, la abrazó por fuerza i quería hacer otro tanto con la joven. Las dos mujeres se debaten i gritan i el mozo abre la ventana, i dirijiéndose a su señor que le esperaba abajo, gritó:

—Ud. ha dicho las dos, ¿no es cierto señor?

—Sí, las dos i apúrate dijo el amo.

I Febrero, después de tratar igualmente a la madre i a la hija, sale, toma las dos palas i baja.

—¿Qué tenían mi mujer i mi hija para gritar de ese modo?

—Han visto un lobo, respondió tranquilamente. Ellos entierran a la anciana i vuelven al castillo.

La señora, al ver a su marido, grita i llora de rabia al mismo tiempo que le dice: Miserable, infame, permites a ese villano, a ese demonio, que violento a tu mujer i a tu hija.

—¿Será posible, dice el caballero, que él haya hecho esto? i furioso se vuelve hacia Febrero.

—Yo no lo he hecho sino con vuestro permiso, señor, dijo éste. Yo le pregunté por la ventana si era preciso abrazar a las dos i Ud. me respondió: —«Sí, a las dos, i apúrate». ¿No es cierto? Vuestra mujer i vuestro hijo lo han oído bien.

—Yo te he dicho las dos palas i no otra cosa ; miserable!

—¿Parece que Ud. se ha enojado por el golpe señor?

—I quién no se enojaría, monstruo.

—Mui bien, pero Ud. sabe nuestro compromiso, ¡la faja de piel roja!

—Yo no he dicho que estoi enojado, pero cualquier otro en mi lugar lo estaría i con razón.

I he aquí que el caballero estaba bien confundido, pues veía que tenía que habérselas o que entenderse con un bellaco mui vivo i que a él no le engañaría como a su hermano.

La señora era de parecer que se le despidiera inmediatamente.

Entonces será necesario darle cien escudos, re-

plicó el caballero, aunque su año no ha terminado.

—Que se le dé al instante i que se vaya.

—Sí, pero será necesario que yo me deje arrancar la tira de piel.

—Que no estaba convenido que su año terminaría cuando cante el cou-cou? Bien, el cou-cou, cantará mañana, yo me encargo de hacerlo cantar.

A la siguiente mañana el señor dijo a Febrero: Toma un fusil i vamos a cazar. En el momento que salían del patio, en una encina, oyeron cantar cou-cou, cou-cou.

—Cómo dijo, aquí los cú-cú, cantan a mediados de Febrero?

—Jamás había oído semejante cosa, pero, voi a enseñar a este pájaro a esperar su hora para cantar...

I tiró al árbol, e inmediatamente una cosa, que no se asemejaba a un cou-cou, rodó de gancho en gancho i cayó pesadamente a sus pies.

Era la castellana misma que se había subido al árbol para hacer cantar al cou-cou.

—¡Malaya! gritó el señor, echando por tierra el arma de fuego de Febrero, pero éste, volvió a levantar el fusil i el tiro dió en el aire.

—Por Dios, qué está Ud. enojado, señor?

—Sí, mui enojado i me la pagarás.

—No, señor; es Ud. el que pagará, porque Ud. sabe nuestro compromiso, i es preciso pagar cuando uno pierde.

—¡Ai de mí! dijo el señor i se dejó arrancar una faja de piel de la nuca a la planta del pié i además pagó los cien escudos.

Febrero volvió a la casa con la plata i dos fajas

de piel, la de su amo i la de su hermano que estaba colgada en la muralla de la sala.

Se hizo entonces una gran comida i hasta la tatarabuela de la abuela del narrador asistió al festín i es así cómo se conservó en la familia el recuerdo de esta bella historia i que yo he podido contársela, sin agregar ni quitar nada de mi cosecha.

En un libro de M. Klimo: «Contes et Légendes de Hongrie» páj. 167 i sig., encontramos:

LAS LIEBRES DEL REI

Había una viuda con tres hijos que trabajaban día i noche, para medio llevar su pobre vida.

—Madre (dijo un día el mayor de los muchachos). Esto no puede seguir así. Yo tengo veinte años cumplidos, voi a ir a buscar fortuna i no ser una carga para tí.

—Haz tu voluntad, le dijo la madre.

Al día siguiente, ella le dió unas alforjas con tres pancitos i le dijo: Parte i que el buen Dios te acompañe.

El muchacho saludó a su madre i partió.

Anduvo tres horas i llegó al fin cerca de una fuente donde se detuvo para reposar i comer un poco. En ese momento vió dirijirse a él un ratoncillo que le pidió un pedazo de pan por amor de Dios.

—Vete al diablo, gritó él. I el ratoncillo se fué sin decir palabra. El joven continuó su camino i llegando a la ciudad se dirigió al palacio del rei.

El rei que estaba en la puerta, le preguntó:
—¿Qué quieres pobre hombre?

—Rei, yo pido ocupación.

—Sí, puedes quedarte. Mañana en la mañana te diré lo que vas a hacer.

Al día siguiente el rei lo mandó a guardar cien liebres en un gran bosque diciéndole:

—Aquí hay cien liebres que tú guardarás i que volverás a traer esta tarde a la puesta del sol. I sábetete que si falta una sola, serás desollado vivo.

El joven se fué con las liebres i al cabo de cinco minutos todas habían desaparecido.

—¿Qué haré para cojerlas? decía él. Mi negocio es claro i el mejor partido que puedo tomar es abandonar este lugar. I así lo hizo por miedo de ser desollado vivo.

Al día siguiente el segundo de los hermanos llegó a golpear a la puerta del palacio i pasó con él lo mismo que con el mayor.

Al otro día el menor también se puso en camino i llegó a una fuente. Se le acercó un ratoncillo pidiéndole pan, él le dió con buena voluntad y aquél le dijo: —Tu servicio te será pagado: He aquí un pequeño silbato; si alguna vez te encuentras en apuro, no tienes más que soplar en él i verás cómo te servirá. I diciendo esto desapareció.

El joven llegó a la ciudad i se dirigió al palacio del rei. Se hizo con él, el mismo trato que con los dos hermanos mayores.

El primer día que fué al bosque con las cien liebres, antes de cinco minutos se habían dispersado por todos lados.

Entonces el joven toca el silbato. Inmediatamente las cien liebres llegaron i se agruparon a su al-

rededor como corderos. En la tarde volvió al palacio con las cien liebres.

Grande fué el asombro del rei. ¡Debe saber hechicería!, se dijo.

Al día siguiente, a medio día, el rei mandó una sirviente para pedir al joven, en su nombre, una liebre.

—Guárdome de esponerme a ser desollado vivo.

—Pero en ese momento el ratoncillo llegó i le dijo al oído: No tengas miedo, dale la liebre, no te faltará ninguna.

El joven tomó una liebre i la puso en el saco de la sirviente la que partió al instante.

Pero el ratoncillo se había introducido al saco i después de algunos minutos había roído un agujero bastante grande para que la liebre pudiera lanzarse fuera del saco.

En la tarde el joven llevó nuevamente las cien liebres i el rei viendo que no podía nada contra este hombre, le dió un saco lleno de escudos. El joven, su madre i sus hermanos vivieron felices largo tiempo.

En este cuento, aparece el mismo tema de «Los Tres Hermanos». Tres o dos jóvenes que salen a buscar fortuna. Como en «Quatorze», en «Les trois fils de la veuve», «La carta para la Virjen» i «Enero-Febrero», el mayor (cuando son dos), i los mayores (cuando son tres), por su poca caridad como en el denominado «Las liebres del rei» o por no hacer lo que un buen consejero les dice como en «La carta para la Virjen», sufren un castigo que consiste o en desollarlos vivos o en arrancarles una

faja de piel, etc., i el menor que es siempre astuto, inteligente o caritativo, triunfa.

En el cuento chilote no aparece, como ya lo he hecho notar, las aventuras de los hermanos mayores, ni aparece tampoco elemento cristiano como en «Los guardadores de perdices», i en «La carta para la Virjen». En el cuento chilote, el triunfo del hermano menor consiste en el obsequio que el patrón le hace de tres dones: la barita de Santo Tomás, el asno que hace escudos de oro i el mantelito de virtud; con lo cual viene a formarse como una segunda parte del cuento i termina con el encuentro de los tres hermanos. Semejantes a la segunda parte de este cuento, se encuentran numerosas en la literatura extranjera: He aquí algunos:

Los tres regalos del Brujo i el Haba Májica.
(CARNOY, *Littérature orale de la Picardie*, páj. 308, París, Maisonneuve, 1883).

Un mago, en cambio de sendas pipas de tabaco, da a un hombre que tenía la costumbre de embriagarse, un burro que hacía escudos de oro, una mesa que proporcionaba «una comida imperial», i una cabra, que con las embestidas i golpes que da con su cabeza, obliga a los que habían robado los dos objetos anteriores a devolverlos. Lo curioso en este cuento es que termina con que el mago da al borracho, «como último regalo, un haba maravillosa, que, plantada después en la chimenea, crece hasta el cielo i permite al campesino subir al Paraíso con su mujer i sus hijos»; es decir, que este cuento termina por donde casi todos sus similares comienzan.

Ventarrón (SÉBILLOT, *Les joyeuses histoires de Bretagne*, páj. 163).

Ventarrón, para resarcir a un labrador de los perjuicios que le ha causado arrasando sus siembras, le da una cabra que defeca oro, i que se la roba el alberguista; i en seguida, una vara que, a fuerza de golpes, obliga al ladrón a devolver la cabra robada.

Noroeste (*Norouas*). (SÉBILLOT, *Contes des Mairins*, páj. 222).

Un labrador tiende al sol su cosecha de lino para secarla i el viento Noroeste se la arrebatada. Va a ver a Noroeste para matarlo, i el viento le da una servilleta a la cual basta decirle: «Servilleta, despliégate», para que se cubra de manjares i vino. La hostelera que le ha dado alojamiento, se la cambia por otra. Vuelve a casa de Noroeste, que le da un burro que defeca plata, i también se lo roba la hostelera. Va por tercera vez donde Noroeste, i el viento le da una vara la que diciéndole: «Vara, despliégate», da de golpes al que quiera su dueño. Los golpes que de esta vara recibe la hostelera, la obligan a devolver la servilleta i el burro robados.

A continuación de este cuento da SÉBILLOT una variante en que los objetos que Noroeste entrega sucesivamente son: un manzano, que da lo que le pidan; un terrón, que se convierte en un campo grande o pequeño, a voluntad; i una caja que contiene un río, en el que se ahogan todos los que el dueño quiere. Este último, que quita la vida a tres hijos del alberguista, que le ha robado las dos cosas anteriores, hace que las devuelva.

Otra variante de la misma obra, páj. 235. *Sur-oeste* (*Surouas*), da primeramente a un labrador,

cuyo campo plantado de cañamo ha destruído, un gramo de cañamón, que le proporcionará cuanto le pida, i que, en un mesón, se lo cambian por otro; después una red, en la que quedarán prendidos los peces que él quiera, la cual le es cambiado por otros pescadores; i por fin un burro que defeca oro, i un palo que golpea al que le mande su dueño. Por medio de este palo recupera el campesino el grano de cañamón i las redes que le han robado.

El Sastre i el Huracán. (LUZEL, F. M. *Contes populaires de Basse Bretagne*, tom. III, páj. 63).

El Sastre va a quejarse al Huracán de que le haya arrebatado el lino que su mujer había puesto a secar en una pradera, i el Huracán, para indemnizarlo, le da sucesivamente, una mula que defeca oro, una servilleta maravillosa i un palo. Gracias a éste, recobra el sastre la mula i la servilleta que le han robado a causa de su indiscreción.

(*Contes populaires en Italia*, par MARC MONNIER, páj. 114).

Un padre tiene tres hijos; el mayor sale a buscar fortuna i se encuentra con Jesús, que le da una mesa a la que basta decirle: «Cúbrete» para que aparezca cubierta de todas las gracias de Dios. El joven no guarda su secreto i el alberguista se la cambia por otra mesa.

Sale el segundo hijo, que también se encuentra con Jesús, quien le da una oveja que secreta monedas de oro. También habla más de lo conveniente en el albergue i el alberguista se la cambia por una oveja común.

Le toca el turno al tercero, que igualmente se encuentra con Jesús. A éste el Salvador le da un palo que, diciéndole: «pega», da golpes a diestra i si-

niestra, hasta que le dicen: «bastante». En el camino el joven ensaya la virtud de su palo en tres ricos caballeros, i ellos, para que el joven haga cesar la paliza, le dan todo el dinero que llevan consigo. En el albergue dice también al palo «pega» i se pone éste a funcionar con tan buen éxito sobre la jente del albergue que el hotelero se ve precisado a devolver la mesa i la oveja.

Tapalapautau (COSQUIN, tomo I, páj. 51).

El protagonista encuentra a Dios en su camino, que le da: 1.º, una servilleta, a la cual no hai más que decirle: «Servilleta, cumple con tu deber», i 2.º, un burro, al que basta ordenarle: «Hazme escudos», para tener una mesa perfectamente servida i dinero a discreción, pero le son cambiados por otros en el albergue. La tercera vez obtiene de Dios un palo, que, diciéndole «tapalapautau», comienza a distribuir golpes, hasta que le dicen: «Alapautau», para que deje de pegar.

Juan de la Nuez (COSQUIN, ob. cit., tom. II, páj. 64).

Juan de la Nuez llega al cielo, pero marchando por un camino; no sube, i si sube, no sabe por donde. Habla con San Pedro i el santo le da una servilleta i le dice: —«No le pidas lo que ella no sabe hacer». Bastaba con preguntarle qué sabía hacer para que apareciese cubierta de manjares. La mujer de Juan la cambió por un pedazo de pan. Volvió Juan al Paraíso, i San Pedro le dió un burro, haciéndole la misma recomendación que con la servilleta; el burro hacía escudos de oro. Lo vendió la mujer por diez francos. Volvió Juan al cielo i San Pedro le dió un cayado, con igual recomendación, agregándole que era el último que le daba.

Por el camino Juan preguntó al cayado: —¿Cayado, qué sabes hacer? i el cayado comenzó a golpearlo. —«Detente, detente», le gritó Juan; i volvió a su casa i dijo a su mujer: —«San Pedro me ha dado este cayado: no le preguntes qué es lo que sabe hacer». Juan se acostó i finjió dormir. Cuando la mujer lo sintió roncar, ella dijo al cayado: —Cayado, ¿qué sabes hacer?, i el cayado se puso a pegarle de lo lindo.

La mata de habas. (SÉBILLOT, *Litt. orale de la Haute Bretagne*). — Un mendigo da a un pobre hombre que tenía muchos hijos un grano de haba i le dijo que lo plantase, asegurándole que la planta crecería tan ligero que, en poco tiempo llegaría al cielo. Así fué; i entonces él subió por la mata hasta el Paraíso i golpeó. —«Quién es?» preguntó Dios. —«Un pobre hombre que tiene tantos hijos como agujeros un cedazo». —«Toma, le dijo Dios, esta servilleta, la cual basta estenderla sobre la mesa i pedirle que se cubra de manjares para que los dé». Bajó, dió de comer a su familia, i contó en el albergue que era poseedor de una servilleta maravillosa. El dueño del albergue le cambió la servilleta por otra. Subió nuevamente al cielo i Dios le dió un burro que arrojaba oro i plata. Ensayó en su casa la virtud del burro, i en la noche fué al albergue con el asno i contó la gracia del animal. El alberguista se lo cambió por otro. Volvió a subir al cielo, i Dios, como último don, le entregó una vara, a la cual debía decir, cuando quisiera servirse de ella: —«Vara, desplégate, pero no sobre mí». Fué al albergue i dijo: —«Cuidado con decir a esta vara, desplégate». Pero apenas se quedó dormido el pobre hombre, el alberguista se apre-

suró a cojer la vara i le dijo: —«Vara, despliégate», e inmediatamente la vara se puso a pegarle, tan bien, que el alberguista comenzó a gritar al buen hombre: —«Sujeta tu vara»; pero el pobre hombre dejaba obrar a la vara i decía al alberguista: —«Devuélveme mi servilleta i mi burro». Al fin el alberguista se los devolvió, i entonces el pobre hombre lo libró de los golpes haciéndole decir: —«Vara, despliégate, pero no sobre mí».

La mata de habichuelas (COSQUIN, ob. cit., tomo II).—Un hombre plantó un grano de habichuelas, que brotó i creció hasta llegar al cielo. Subió por la mata i pidió a Dios que le diera alguna cosa que le permitiera no trabajar más. Dios le dió una servilleta «en la cual encontraría que comer i que beber». Al cabo de algún tiempo, cuando los dones de la servilleta se agotaron, el hombre volvió a subir al Paraíso i Dios le entregó otra servilleta todavía mejor provista que la primera. Las provisiones duraron más tiempo que la otra vez, pero al fin también se agotaron. Subió por tercera vez, i le pidió al Señor que le diese algo con lo cual pudiese vivir en adelante sin tener que molestarse; i Dios le entregó un burro que hacía oro; «pero, le dijo, ni tú ni tu mujer no digáis nada a nadie, ni gastéis mucho, porque llamarías la atención sobre vosotros». La mujer contó el caso a su cuñada, la cual se lo contó a su marido, i éste, en la noche, cambió el asno maravilloso por otro que él tenía. Poco después nuestro hombre necesitó dinero, pero el burro no hacía oro. Volvió al cielo por cuarta vez i Dios le dijo que el burro había sido robado por su cuñado; y le entregó un palo, diciéndole: —«Vé a casa de tu cuñado, i si no te entrega el burro, no tienes más

que decir: ¡Pega, palo!». Fué a casa de su cuñado: —«Vengo a ver si me devolvéis mi burro». —«¿Tu burro?» ¡De qué nos serviría un burro a nosotros, que tenemos nuestros caballos?». —«Pues bien, ¡pega, palo!». E inmediatamente el palo se puso a darle golpes que era un contento». —«¡Ah! gritaban, llama a tu palo». El hombre llamó al palo i les dijo: —«Ahora vais a devolverme mi burro». —«No entendemos lo que nos quiere decir». —«Entonces, ¡pega, palo!», i el palo los golpeó de lo lindo. —«Llama a tu palo, dijo la mujer, i te devolveremos el burro»; i esta vez se lo devolvieron.

En este cuento son cuatro las mercedes que Dios concede; pero salta a la vista que deben ser tres solamente, pues las dos primeras pueden reducirse a una.

En la *Histoire du Bonhomme Maugréant* (SÉBILLOT), *Contes populaires de France*, páj. 46), San Pedro da los siguientes objetos maravillosos: una canasta, un gallo i un manojo de varillas.

EN FERNÁN CABALLERO es un duende el que da al tío Curro primero una bolsa con dinero, que jamás se agota; 2.º un mantel, que estendiéndolo en la tierra proporciona siempre que comer; i 3.º una maza, con la que el tío Curro castiga a todos los que lo molestan; pero no recupera los dos primeros objetos, que le han sido robados en la hostería.

COSQUIN, ob. cit., tom. II, páj. 172, cita otros cuentos que tienen grande analogía con los anteriores.

1.º Un cuento flamenco (A. LOOTENS, núm. 1). Un hombre planta una haba; sube al cielo i San Pedro le da una oveja a la cual basta decirle: «Ovejita, sacúdete», para ver caer escudos; un hotele-

ro se la cambia por otra ordinaria. San Pedro le da en seguida una mesa que se cubre de guisados al pedírseles; i en fin, un saco, del cual, pronunciando ciertas palabras, salen garrotes que pegan a la jente. Por medio de éstos, el hombre se hace devolver la oveja i la mesa.

2.º En un cuento bretón (SÉBILLOT, I, Núm. 12). Un hombre mui pobre planta una semilla de haba que, en pocos días, llega al Paraíso. Sube el hombre i San Pedro le da sucesivamente un burro que hace oro, una servilleta que se cubre de manjares, i el palo que pega i obliga a devolver los dos primeros objetos que le han sido robados.

3.º Un cuento picardo con encadenamiento igual al anterior (*Romania*, tom. VIII). Juan llega al Paraíso subiendo por una planta de habichuelas para cojer las vainas. Los objetos dados por Dios son: el asno i la mesa, iguales a los de los otros cuentos, i una sartén, que hace el oficio de palo.

4.º Un cuento toscano (PETRE, *Novelle popolari toscane*, Núm. 29), en que San Pedro da al muchachito que ha plantado el haba, una mesa, un asno i una masa.

5.º Un cuento corso (ORTOLI, páj. 171).—Un pobre, que va tras la fortuna, encuentra en su camino un castaño tan alto que alcanza al cielo. Sube i llega al Paraíso. Los objetos que recibe de San Pedro son: una servilleta maravillosa, un burro que hace oro i un palo que pega a la jente, en particular al bribón del hostelero.

6.º Un cuento griego moderno (Núm. 1, del apéndice de los *Deutsche Moerchen*, de SIMROCK). La misma combinación, pero con rasgos particulares. Un viejo sube diariamente a un algarrobo que al-

canza al cielo, a cojer el fruto, de cuyo producto viven él i su familia. Un día oye que discuten el Invierno i el Verano acerca de cuál de los dos es mejor. Ven al viejo i lo nombran árbitro, i él dice que los dos son igualmente buenos. Los dos contendores, satisfechos, obsequian al viejo un jarrito de barro que le dará todo lo que pida; pero no debe contárselo a nadie. Después de varias aventuras, el rei i sus servidores embriagan al viejo, logran arrancarle su secreto i le roban su jarrito. Sube nuevamente por el árbol i encuentra al Invierno i al Verano que se conduelen de él i le dan un garrote i un cordel. Por medio de ellos el viejo consigue la devolución de su jarrito.

En el «Folklore de Carahue», de don Ramón Laval. Páj. 205, encontramos:

LOS PALITOS DE VIRTUD

En un pueblecito vivía una vieja bruja que tenía dos comadres: una mui habladora i otra mui astuta.

Un día la comadre habladora fué a casa de la bruja i le dijo: ¿Por qué no me dá una virtud, para tener siquiera con que mantenerme?

Después de muchos preámbulos, la bruja le dió una bolsita a la cual, cuando tenga hambre debía decir: «Bolsita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, lléname esta mesa de los más ricos manjares».

Llegó el Domingo i pensó que mientras iba a misa podía entrar alguien a su casa i robarle la bolsita i discurrió encargarla donde la otra comadre.

Así lo hizo i le recomendó no decirle la oración antedicha.

La comadre hizo todo lo contrario i no contenta con esto, le cambió la bolsita.

Concluída la misa, la comadre habladora pasó a buscar su bolsa i la astuta le entregó la otra. La comadre habladora llegó a su casa con mucha hambre; puso la bolsa sobre la mesa i le dijo inmediatamente la oración, pero la mesa seguía siempre igual. Entonces conoció lo que le había pasado con la comadre i fué a ver nuevamente a la bruja; quien, después de regañarla por lo acontecido, le regaló unos palitos de virtud, recomendándole nuevamente que no se lo cuente a nadie.

Llegó el Domingo e hizo con los palitos lo mismo que había hecho con la bolsa, eso sí, que no dijo la oración a la comadre, pero ésta ya lo sabía, porque había espiado.

Apenas salió la dueña de los palitos, la comadre astuta dijo: «Trabajen palitos» i éstos empezaron a trabajar i como ella los apurara tanto, trabajaron con tantos bríos que no teniendo ya en qué trabajar, trabajaron encima de la vieja, la que gritaba desafortadamente.

Cuando volvió la comadre habladora, vió la calamidad, i fué a buscar a la bruja, quien ordenó: «Descansen palitos i vuelvan a su dueña» i éstos se juntaron solos i se metieron bajo el brazo de la bruja.

La comadre astuta casi murió de los golpes que sufrió, i tanto ésta como la otra vivieron de la venta de los muebles, que alcanzaron a hacerle los palitos.

En el mismo libro encontramos:

LA MATA DE COGUILLES, páj. 209 i sig.

Un día llegaron a casa de un campesino dos viejos pobres que vivían de limosnas; el campesino les obsequió unas semillas diciéndoles: No tengo otra cosa que daros, son semillas de cóguiles, plántenlas i si brotan i crecen, darán frutos, que Uds. podrán vender. Los viejos plantaron las semillas i no se acordaron más de ellas. Un día el viejo fué al sitio i grande fué su asombro al ver una hermosa mata de cóguiles, tan alta, que llegaba al techo de la casa i tan frondosa que cubría todo el sitio.

Desde entonces marido i mujer cuidaron tanto a la matita que en poco tiempo llegó al cielo. Llegó el invierno i la mata no daba frutos. La vieja, aburrida de este vano trabajo, dijo al viejo: Mira viejo, es lesera que cuidemos tanto de esta mata, lo mejor es que la cortemos i saquemos leña para venderla. El viejo no quería, pero la vieja seguía molestándolo, hasta que un día, aburrido le dijo a su mujer: —Me voi solo, arrégleme el capachito con el cocaví p'al camino.

El viejo tomó el capachito, salió i en vez de irse a pedir limosna, se fué a sentar bajo la mata de cóguiles i se puso a pensar qué haría, hasta que al fin decidió ir a ver a Dios para pedirle consejo, i subiéndose a la mata fué pasando de gancho en gancho, hasta que llegó al cielo i llamó.

Aquí habló con San Pedro, quien, después de oír toda la historia se lo contó a Dios. Este ordenó que entregaran al viejo una varilla de virtud que le daría todo lo necesario. Feliz el viejito bajó a la tierra i para mayor seguridad encargó la varillita a

una comadre. Mientras él iba a la iglesia, la comadre le cambió la varillita por otra i el viejo se vió obligado a subir nuevamente al cielo, donde pidió unos mantelitos de virtud que estendiéndolos, se cubrían de las mejores comidas. Pasó lo mismo que antes. La comadre se quedó con los mantelitos.

Fué a ver a San Pedro por tercera vez, quien le mostró muchas virtudes i le dió a escojer. El viejo escojó un atado de varillas i bajó mui contento.

Al día siguiente fué a misa i encargó a la comadre el atado de varillas. La comadre, más curiosa que prudente, no cumplió las instrucciones del compadre i dijo: «Salgan palitos», los cuales salieron i la golpearon tanto que la obligaron a entregar las dos virtudes anteriores.

En el libro titulado «Estudios Araucanos», de don Rodolfo Lenz, encontramos: «Plata, Hongos i Talero», páj. 293 i sig.

Un pobre indio, fué al cielo i pidió a Dios que le ayudase, en lo que pudiese. Dios le dió un mantelito, que estendiéndolo se cubría de plata.

Vuelto a la tierra, el indio encargó el mantelito a una mujer, diciéndole que no le diga al paño que se llene. La mujer le dijo, el paño se llenó de plata i cuando el indio volvió la mujer le dijo que se había perdido.

Fué al cielo por segunda vez i le dieron un hongó atado a un trapito. Pasó lo mismo que con el paño.

Fué por tercera vez al cielo i le preguntaron qué hiciste lo que te dieron. Se perdió, me dijeron.

Le dieron un talero encargándole que no le diga: «Levántate, talero». Lo encargó a la misma mujer, la cual, como siempre, no cumpló con las

condiciones impuestas, le dijo: «Levántate, talero». El talero se levantó i empezó a asotarla, hasta que llegó el viejo i dijo: «Bótate, talero». El talero dejó de pegarle. La mujer se enfermó i poco después, murió. I colorín colorado, el cuento se ha acabado.
